

EL ANTIGUO RETABLO MAYOR DE LA COLEGIATA DE RONCESVALLES Y EL ANTERIOR SEPULCRO DEL REY SANCHO EL FUERTE

Juan José MARTINENA RUIZ
 jj.martinena.ruiz@hotmail.com

Quando el visitante entra hoy en la iglesia de la Real Colegiata de Roncesvalles, se encuentra con un templo de tres naves, de un estilo gótico primario del siglo XIII, que recuerda, a escala más reducida, la esplendorosa cabecera de la catedral de Nôtre Dame en París. Y a simple vista, parece como si se hubiera conservado en el mismo estado en que se hallaba cuando fue consagrada en tiempos del rey Sancho el Fuerte hace ahora ocho siglos. Pero por desgracia esa grata impresión no es real; ese aspecto medieval, esa unidad de estilo y esa armoniosa belleza son casi totalmente artificiales, producto de una controvertida restauración llevada a cabo en los años 1939 a 1944.

Hasta esa fecha, esta iglesia había sufrido en su larga historia una serie de avatares, entre los que no faltaron incendios, destrucciones, saqueos y otros desastres de diverso carácter y consideración. No es momento ni lugar para hablar de todos ellos. Sólo diremos que en los primeros años del siglo XVII el edificio necesitaba con urgencia una reparación de gran calado, que efectivamente daría comienzo en 1622. Lo lamentable fue que, en aquellas fechas, con arreglo a la mentalidad de la época, se pensó que era la ocasión de acometer unas obras encaminadas a modernizar completamente el interior del templo, adaptándolo a los gustos artísticos que imperaban entonces, que nada tenían que ver con el estilo en que fue construido.

LAS GRANDES OBRAS DE 1622 A 1627

En noviembre de 1619 tomó posesión como prior de Roncesvalles el doctor don Juan Manrique de Lamariano, que ocupó el priorato hasta 1628 y que fue el principal impulsor de las obras que habían de transformar radicalmente el aspecto interior de la iglesia de la colegiata. Según una crónica manuscrita

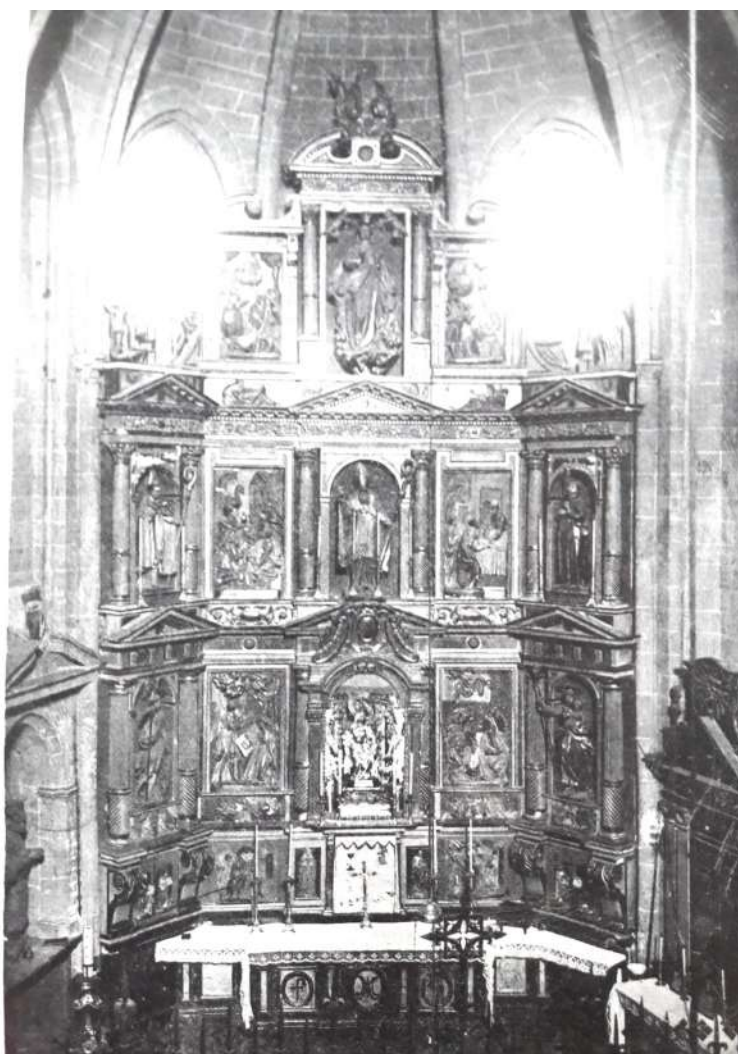
que se guarda en su archivo, obra del licenciado don Juan de Huarte, subprior del cabildo en aquel tiempo, dichas obras se llevaron a cabo entre los años 1622 y 1627, bajo la dirección de Jerónimo de Buega, que figura como maestro mayor, y que contó con la colaboración de Gabriel de Azcaga. Según afirma el docto canónigo Javier Ibarra, que en 1936 publicó una Historia de Roncesvalles muy completa y documentada, la labor de los citados maestros consistió en enmascarar el interior gótico de la iglesia, dándole una nueva apariencia barroca, salvo en el presbiterio y el tramo de nave que le precede, donde se dejaron a la vista los elementos góticos originales del siglo XIII.

El erudito arqueólogo Pedro de Madrazo, que visitó Roncesvalles poco antes de la publicación en 1886 de su conocida obra Navarra y Logroño, hace una descripción de la colegiata, en la que no escatima juicios peyorativos de las referidas obras iniciadas en 1622:

“La arquitectura greco-romana bastarda propia del siglo XVII marca con su sello casi toda la fábrica de la insigne colegiata, a tal punto que el que penetre en ella... creará difícilmente que se alberga en una construcción del héroe de las Navas de Tolosa, donde los robustos pilares románicos, de forma cilíndrica, están enmascarados con machones cuadrangulares y medias columnas estriadas, y los aristones de las bóvedas, disfrazados con fajas de pseudo-clásica arquitectura romana o griega. Todo es vignolesco insípido, o barroco, o churrigueresco, en cuanto constituye el ornato de este templo: en su altar mayor, en los retablos de sus capillas, en sus sepulcros”.

Naturalmente, la radical transformación llevada a cabo por el prior Manrique en el interior de la iglesia de la colegiata necesitaba, para

culminar dignamente la obra, la colocación en su capilla mayor de un gran retablo, con arreglo a la moda de entonces, que ocupase todo el ábside y resultase acorde con la renovada escenografía. El cabildo hizo suya esta idea, y para llevarla a cabo contrató al escultor Gaspar Ramos y al maestro ensamblador Victorián de Echenagusía, vinculados al grupo de tallistas de Lumbier, los cuales ejecutaron entre los años 1619 y 1624 la construcción de un retablo de estilo romanista, que presidió la cabecera del templo durante algo más de tres siglos, hasta el año 1939. En el libro de cuentas de la colegiata que contiene las de 1623, en el folio 236 vuelto, aparece anotado junto a otros gastos, el siguiente: "A Gaspar de Ramos, de Logroño, se le pagaron en varias partidas y diversas especies, por el trabajo empleado en el retablo mayor de Roncesvalles, novecientos y sesenta y nueve ducados y cuarenta y dos tarjas, aparte de una partida de diez y ocho ducados entregados a Vitorián de Echenabusía". Y en las cuentas del año 1626, consta otro pago, en este caso de 750 ducados, al pintor y dorador Fermín de Hugarte, por la pintura policroma del mismo retablo.



*Antiguo retablo de la Colegiata.
Foto: Revista Príncipe de Viana*

DESCRIPCIÓN DEL ANTIGUO RETABLO

Aunque Madrazo lo calificó injusta y despectivamente como "estrepitosa y confusa maquinaria", lo cierto es que el antiguo retablo mayor de la colegiata era una obra notable desde el punto de vista artístico, tanto en su arquitectura como en lo que respecta a su imaginería. Gracias a la citada monografía de don Javier Ibarra, contamos con una descripción del mismo, relativamente detallada,

que junto con la fotografía que incluimos en esta página, permite que el lector se pueda hacer una idea bastante precisa de su traza, así como de su imaginería, tanto de las escenas talladas en relieve como de las esculturas de bulto redondo.

En el bancal, el espacio central lo ocupaba el sagrario. A cada lado, sendos tableros divididos por ménsulas, que según tradición estuvieron algún tiempo cubiertos de planchas de plata labrada; en 1936, cuando Ibarra lo describió, dos de ellos eran tallas en relieve: la de la izquierda, según lo miraban los fieles,

representaba –en opinión de dicho autor– el misterio de la Inmaculada Concepción; y la de la derecha, la escena de la presentación en el templo de la Virgen María, niña.

En el primer cuerpo, el módulo central lo formaba el camarín de la Virgen, que se cerraba con dos puertas, de modo que la bella imagen gótica de Nuestra Señora de Roncesvalles no estaba expuesta a la veneración de los fieles de forma permanente, sino en determinadas ocasiones; lo mismo ocurría en la catedral de Pamplona con la imagen de la Virgen del Sagrario. A cada lado del camarín, sendos relieves representando el

del lado izquierdo la escena de la Anunciación, en cuyo pie estaba representada con pequeñas figuras la Natividad de la Virgen, y el del lado derecho la Adoración de los pastores, que llevaba al pie la escena de los Desposorios. Completando este primer cuerpo, en el extremo del lado llamado del evangelio –el izquierdo mirando desde la nave– la imagen exenta de San Juan Bautista, en cuya peana había un relieve con San Zacarías y el

ángel en el templo, y en el del lado de la epístola, otra imagen exenta: la de San José con el Niño Jesús; en esta última, el relieve de la peana representaba a un ángel que, entre llamas, sujetaba a un demonio con una cadena.



*Parte del retablo, hoy en la iglesia de Yesa.
Foto: Catálogo Monumental de Navarra.*

En el segundo cuerpo, considerado el principal, la hornacina central la ocupaba la imagen de San Agustín, ya que el cabildo de la colegiata pertenecía a la Orden fundada por dicho santo, por cuya regla se rigió hasta 1984, en que pasó de regular a secular. A cada lado de la citada hornacina, los relieves de la Adoración de los Reyes y de la Presentación del Señor en el templo. Y en los extremos, en el lado del evangelio, la imagen de San Fermín, y en el de la epístola, la de San Francisco Javier, cuya canonización tuvo lugar en el año 1622, mientras el retablo se estaba construyendo.

El tercer cuerpo, de solo tres calles, tenía en su hornacina central una hermosa imagen de la Asunción de Nuestra Señora, que actualmente se halla en el museo de la colegiata. Flanqueándola, el retablo contaba con dos relieves: en el del lado derecho –izquierdo de la fotografía– un grupo de peregrinos atacado por los lobos, y en el del otro lado, la milagrosa aparición de la Virgen de Roncesvalles,

conservado también en el museo de la propia colegiata.

Afortunadamente, aunque el retablo fue desmontado y retirado en 1940, no se perdió en su totalidad. La parte central del mismo – concretamente los cuerpos primero y segundo de las tres calles centrales– preside en la actualidad la parroquia nueva de Yesa; en la hornacina que antes ocupaba la Virgen de Roncesvalles se puede ver hoy una imagen de la Virgen del Rosario, y en la que estuvo la de San Agustín, se halla ahora la de San Esteban. Como ya hemos dicho, la imagen de la Asunción y algunos relieves se pueden ver en el museo de la colegiata. Y desde 1945, la imagen de Nuestra Señora de Roncesvalles preside el altar mayor teniendo por dosel un artístico baldaquino, que es reproducción del que preside la catedral de Gerona.

EL NUEVO SEPULCRO DE SANCHO EL FUERTE HECHO EN 1622

Cuando en 1238, cuatro años después de la muerte del rey Sancho el Fuerte, su sobrino y sucesor Teobaldo I de Champaña ordenó el traslado de sus restos desde Tudela a la iglesia de Roncesvalles, hizo labrar un sepulcro con la estatua yacente del monarca, que se emplazó en medio de la nave central, delante del presbiterio. Cuentan algunos historiadores que estaba “profusamente adornado de varias figuras, ángeles, religiosos y guerreros, con gran número de escudos, relieves de batallas e inscripciones” y rodeado por una barandilla de hierro, hecha con las cadenas que don Sancho trajo a Navarra como trofeo de la célebre batalla de las Navas de Tolosa.

En 1621, después de casi cuatro siglos, el sepulcro encargado por el rey Teobaldo se hallaba muy deteriorado, según la crónica del licenciado Huarte, “por estar los bultos quebrados y el enrejado deshecho”. Por esta razón “y por no parecer que según el tiempo presente tenían el lugar debido a tan grandes reyes”, el prior y cabildo de la colegiata determinaron encargarse de uno nuevo y colocarlo en la capilla mayor, contiguo al retablo que se iba a instalar poco después. Por esos años, los sepulcros distinguidos ubicados en iglesias seguían el modelo de los de los reyes Carlos V y Felipe II en la iglesia del monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Muchos miembros de la nobleza adoptaron para sus panteones esa modalidad de arcosolio abierto en la pared de la capilla mayor, si tenían su patronato, o en una capilla propia, en la iglesia elegida para su enterramiento. En ellos se colocaban las estatuas orantes del personaje

allí enterrado y de su mujer, con su escudo de armas y los atributos propios de su dignidad –la armadura en el caso de los caballeros–, y la inscripción funeraria grabada al pie. Siguiendo esta moda, imitando el citado modelo escurialense aunque en una versión mucho más modesta, el prior Manrique encargó el nuevo sepulcro del rey Sancho el Fuerte, con la consabida pareja de estatuas orantes, que representaban de forma impropia y anacrónica, las figuras del valeroso monarca y de su esposa, la reina doña Clemencia.

En uno de los libros de cuentas de la colegiata, consta que en 1622 se pagaron 1.200 reales a Miguel de Ganuza “a cuenta y en parte del pago de los bultos de los reyes Sancho el Fuerte y su mujer, que se han puesto junto a la capilla mayor de Nuestra Señora”.



Antiguo sepulcro de Sancho el Fuerte.
Foto: libro *Sedes Reales de Navarra*.

Se cumplía así un deseo de las Cortes de Navarra, que unos años antes, el 26 de junio de 1617, estando reunidas en Pamplona, acordaron “que se escriba al cavildo de Roncesvalles, en nombre del Reyno, que trasladen el entierro de los señores reyes don Sancho el Fuerte y su muger, del puesto que está, y lo pongan en parte decente y autorizada”.

La traslación de los restos al nuevo sepulcro se llevó a cabo con toda solemnidad el lunes 28 de noviembre de 1622. La arqueta dorada en la que fueron introducidos la portaron en andas cuatro canónigos, y una vez depositada en el interior del carnario, se ofició una misa funeral, en la que ofició el prior don Juan Manrique. Según refiere en su ya citada crónica el subprior licenciado Huarte, testigo presencial, al abrir el sepulcro antiguo “*halláronse algunos güesos del Rey, como fueron un pedazo del casco –quiere decir el cráneo–, unas costillas quasi consumidas, y de la misma suerte las espinillas; los que estaban menos consumidos fueron los dos güesos de las rodillas...*”

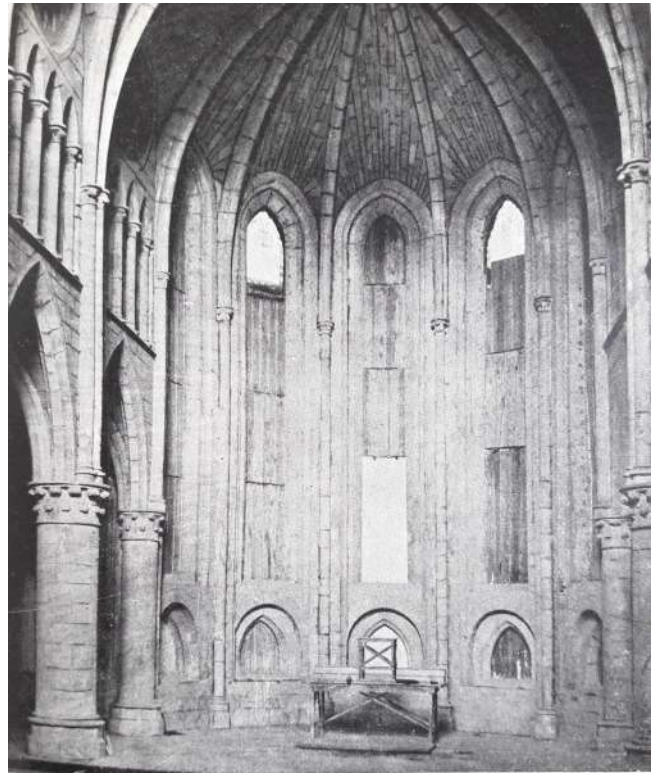
Ibarra, en su ya citada *Historia de Roncesvalles*, pp. 565-567, describe el sepulcro erigido en 1622, que estaba situado “en el presbiterio, en el lado del evangelio, dentro de una colosal ojiva, rasgada desde la nave –la bóveda– hasta el pavimento. Dentro de esta existe una gran hornacina, a manera de arcosolio, de estilo renacimiento, que termina con un frontón partido, en cuyo centro está labrado en piedra el escudo de Navarra, con las cadenas, sobre el que se asienta una corona real dorada. En el interior de la hornacina hay dos estatuas de tamaño natural, talladas en piedra, en actitud votiva, arrodilladas en dirección al altar mayor. La más inmediata a él se quiso que representara al rey don Sancho el Fuerte, y la otra a su esposa; pero como fueron hechas las dos en los principios del siglo XVII, el artista no supo vestirlos de otra manera que a la moda de dicho siglo, lo cual es un anacronismo imperdonable, habiendo sido ambos del siglo XII y XIII. Vestidos así, con el peinado, armas y accesorios del año 1622, resultan de un efecto verdaderamente ridículo”. Lo mismo opinaba el arqueólogo Pedro de Madrazo, que en 1886 escribió en su obra *Navarra y Logroño*, t. I, p. 459, que al valeroso rey lo representaron “*como un cortesano almibarado del tiempo de Villamediana*”.

“*En las dos pilastras laterales de dicho hueco capillar –prosigue la descripción de Ibarra–, están colgados dos trozos de cadena, que cada uno tiene próximamente dos metros, restos de los que trajo Sancho el Fuerte como trofeo de la batalla de las Navas de Tolosa... Fueron repartidas estas cadenas entre el monasterio de Roncesvalles, la catedral de Pamplona, la de Tudela y el monasterio de Irache*”.

Debajo del sepulcro, se grabó en una lápida, de 1´60 x 0´61, la siguiente inscripción:

AÑO DE 1622, SIENDO SUMO PONTIFICE GREGORIO XV Y REY DE CASTILLA Y NAVARRA PHILIPPO III, PATRON DESTA REAL CASA, Y PRIOR EN ELLA DON JUAN MANRIQUE DE LAMARIANO, A INSTANCIAS DE ESTE REINO SE HICIERON ESTOS BULTOS Y SEPULCRO, A DONDE SE TRASLADARON LOS CUERPOS DE LOS SERENISIMOS REYES DE NAVARRA DON SANCHO VIII DESTE NOMBRE, LLAMADO EL FUERTE Y DE LA REYNA DOÑA CLEMENCIA, SU MUGER, QUE ESTABAN ENTERRADOS EN EL CUERPO DE LA IGLESIA DESDE EL AÑO 1234, QUE MORIERON, POR ESTAR LOS BULTOS QUEBRAJADOS Y EL ENRREJADO DESHECHO Y NO PARECER QUE SEGÚN EL TIEMPO PRESENTE TENIAN EL LUGAR DEBIDO A TAN GRANDES REYES. ESTE VALEROSO REY REEDIFICÓ ESTA IGLESIA, QUE POR SU MUCHA ANTIGÜEDAD ESTABA MALPARADA Y LA DOTÓ Y A SU HOSPITAL DE ALGUNAS RENTAS Y EDIFICÓ OTRAS IGLESIAS Y MONASTERIOS EN EL REINO Y LO GOBERNÓ EN MUCHA CRISTIANDAD Y JUSTICIA. HALLÓSE CON EL REY DON PEDRO DE ARAGON EN AYUDA DEL REY DON ALONSO DE CASTILLA EN LA INSIGNE BATALLA DE LAS NAVAS DE TOLOSA, EN LA CUAL CON SU PERSONA Y GENTE ROMPIO EL ESCUADRON PRINCIPAL, QUE GUARDABA LA PERSONA Y TIENDA DEL MIRAMAMOLÍN, QUE ESTAVA CERCADO DE GRUESAS CADENAS, LAS CUALES TRAXO POR BLASON DE LA VICTORIA Y LAS DEJÓ POR ARMAS AL REYNO, QUE SON LAS QUE OY TIENE, Y LAS ORIGINALES SON LAS QUE CUELGAN DE LOS LADOS DEL ESCUDO. GANÓ LAS CADENAS AÑO 1212.

Aquel sepulcro real se desmontó y retiró de su lugar, al igual que el retablo mayor, en 1940, nada más iniciarse las obras de restauración. Para entonces estaba ya vacío, porque el 12 de julio de 1912, dentro de los actos conmemorativos del séptimo centenario de la batalla de las Navas, los contados restos óseos que guardaba en su interior fueron trasladados con la mayor solemnidad al sepulcro actual, situado en la llamada capilla de San Agustín, que fue también sala capitular, a la que se accede desde el claustro. Dicho sepulcro recuperó la primitiva figura yacente del rey don Sancho, que mide 2'25 metros y que desde 1622 estaba enterrada bajo el pavimento de la iglesia, junto a las gradas por las que se accede a la misma. Su hallazgo se produjo el 17 de junio de 1890, y un decreto del obispo don Antonio Ruiz-Cabal, de fecha 15 de febrero de 1891, dispuso que fuera trasladada a la referida capilla de San Agustín.



El ábside tras la retirada del retablo.
Foto: José Esteban Uranga.

LA RESTAURACIÓN DE 1940 Y LA OPINIÓN DE TORRES BALBÁS

El arqueólogo Pedro de Madrazo, que visitó la colegiata cuando todavía conservaba el aspecto barroco que le dio el prior Manrique hacia 1630, y que como muchos eruditos de su época quería las catedrales y demás iglesias medievales en estado puro, sin las adiciones artísticas que dejaron en ellas épocas y estilos posteriores, anotó en 1886 en su obra Navarra y Logroño –tomo I, pág. 465– esta reflexión, que suena un poco iconoclasta:

“Despojemos mentalmente el templo que estamos mirando de las restauraciones que en él llevó a cabo en el siglo XVII, bajo el reinado de Felipe IV, un arte bastardo y decadente. Para nosotros no existen las obras en mal hora ejecutadas en las tres naves desde el crucero hasta el hastial, ni las que han desfigurado la sencilla portada primitiva; ni el retablo del altar mayor, de arquitectura insípida, mal llamada greco-romana; ni los armatostes o retablos de estilo barroco que obstruyen las capillas de las naves laterales, como el de la pila bautismal, el de San Fermín, el de Nuestra Señora del Pilar, el del Relicario, el de San Miguel Arcángel y el del Santísimo Cristo y Nuestra Señora de los Dolores...”


Ese sueño radical y purista de Madrazo se hizo realidad medio siglo después, en 1939.

Ese año, bajo la dirección del arquitecto Francisco Garraus y siguiendo las indicaciones y el asesoramiento del erudito sacerdote y miembro de la Comisión de Monumentos Onofre Larumbe, se acometió una controvertida restauración de la iglesia de la colegiata, intervención que, si ya resultó desafortunada en el exterior, en el interior supuso una radical transformación del templo, que borró para siempre la huella que el paso de los siglos había ido dejando en sus naves.

Leopoldo Torres Balbás, arquitecto, catedrático y reconocido especialista en arquitectura española, además de experto en la restauración de monumentos, publicó en 1945 en la revista "Príncipe de Viana", núm. 20, pp. 371-404, un interesante artículo titulado La iglesia de la hospedería de Roncesvalles, en el que criticaba duramente dicha restauración, que en aquel momento aún no había concluido. Tras calificarla de radical y torpe, la resume y sintetiza en este elocuente párrafo:

"Después de quitados todos los revestimientos de la época de Felipe IV, picáronse los viejos sillares para darles apariencia de obra nueva; con cemento se han completado fea y pobremente molduras, capiteles

y otros elementos, y revestido, fingiendo sillería, las bóvedas de ladrillo; se inventaron púlpitos empotrados en los muros y ventanas con forma que nunca tuvieron. Vidrieras de colores hechas en Alemania y un ostentoso mobiliario acabarán de desfigurar el fino templo gótico. Tras el disfraz anterior, aún cabía imaginar sus formas primitivas. Hoy, profanada hasta su entraña, es una iglesia completamente nueva, una torpe falsificación gótica de la que hubieron a la par belleza y emoción".

Actualmente, 75 años después de aquella intervención, en su día polémica, quienes no conocimos la iglesia de la colegiata en su estado anterior nos hemos acostumbrado a contemplarla con su evocador aspecto medieval y la encontramos hermosa y acogedora. Sin embargo, quienes la visitan ahora sin conocer su historia más cercana se llevarán sin duda una falsa impresión, creyendo que se encuentra en estado original y que siempre estuvo como hoy la vemos. Por eso hemos creído oportuno traer a estas páginas esta breve aproximación histórica y gráfica a la fisonomía que tuvo durante tres siglos, que hoy nadie la recuerda y que desde luego ya nunca recuperará. 

Antigua vista de la iglesia con el retablo. Foto: Eugeniusz Frankowski, 1917.

